



SEÇÃO: LIVRE

La imagen socioeconómica de Japón en España, 1868-1936: ¿un modelo de modernización?

A imagem socioeconômica do Japão na Espanha, 1868-1936: um modelo de modernização?

The socio-economic image of Japan in Spain, 1868-1936: a model of modernization?

Luis Perdices de Blas¹

orcid.org/0000-0001-6890-1129
perdices@ccee.ucm.es

José Luis Ramos-

Gorostiza¹

orcid.org/0000-0002-1187-1464
ramos@ccee.ucm.es

Recebido em: 10 jan. 2019.

Aprovado em: 07 ago. 2019.

Publicado em: 30/04/2021.

Resumen: Los viajeros españoles que visitaron Japón entre 1868 y 1936 rechazaron la imagen estática y estereotipada del país, en la que veían reflejada la similar caricaturización que habían hecho los europeos de la España decimonónica. También discutieron — antes de 1898 — si Japón podía llegar a constituir una amenaza o una oportunidad para las Filipinas. Pero ante todo se esforzaron por ofrecer una visión dinámica del país, apuntando posibles razones de su vertiginosa transformación socioeconómica. En cualquier caso, no creían que el modelo de modernización japonés fuese trasladable a España: aunque admiraban sus asombrosos logros, también identificaban importantes problemas y limitaciones.

Palabras clave: Japón, viajes, España, imagen socioeconómica, modernización

Resumo: Os viajantes espanhóis que visitaram o Japão entre 1868 e 1936 rejeitaram a imagem estática e estereotipada do país, em que eles viram refletida a caricatura semelhante que os europeus fizeram da Espanha do século XIX. Eles também discutiram — antes de 1898 — se o Japão poderia ser uma ameaça ou uma oportunidade para as Filipinas. Mas acima de tudo eles fizeram um esforço para oferecer uma visão dinâmica do país, apontando possíveis razões para sua vertiginosa transformação socioeconômica. Em todo caso, eles não acreditavam que o modelo de modernização japonês pudesse ser transferido para a Espanha: embora admirassem suas realizações surpreendentes, também identificaram problemas e limitações importantes.

Palavras-chave: Japão, viagens, Espanha, imagem socioeconômica, modernização

Abstract: The Spanish travelers who visited Japan between 1868 and 1936 rejected the static and stereotyped image of the country, in which they saw reflected the similar caricature that the Europeans had made of nineteenth-century Spain. They also discussed — before 1898 — whether Japan could be a threat or an opportunity for the Philippines. But, above all, they made an effort to offer a dynamic vision of the country, pointing out possible reasons for its vertiginous socio-economic transformation. In any case, they did not believe that the Japanese modernization model could be transferred to Spain: although they admired its amazing achievements, they also identified important problems and limitations.

Keywords: Japan, travel, Spain, socio-economic image, modernization

Introducción

En el último tercio del siglo XIX España seguía sin despegar en el terreno económico, instalada en un segundo plano en el concierto europeo. Muy afectada por la crisis agraria finisecular, había optado por ahondar en la vía proteccionista. Y el Desastre del 98 no haría sino agudizar aún más la necesidad de modernización y regeneración de



Artigo está licenciado sob forma de uma licença
[Creative Commons Atribuição 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

¹ Universidad Complutense de Madrid (UCM), Madrid, España

un país desorientado y desmoralizado. De ahí la búsqueda de referentes, modelos a imitar que quizá permitieran encontrar "atajos". Entre dichos referentes estaban sin duda los Estados Unidos y Alemania, pero el caso de Japón era el más espectacular: en muy pocos años había conseguido pasar del aislamiento internacional, la tradición ancestral y el atraso tecnológico y económico a la condición de verdadera potencia industrial y militar². De hecho, la "japonización" de España pasó a ser un tema de moda en los círculos intelectuales. Así, por ejemplo, el regeneracionista Joaquín Costa se refirió ya en 1901 a la necesidad de renovar la esfera intelectual y científica española siguiendo la vía japonesa³. Y Giner de los Ríos empezó a hablar abiertamente en 1904 de "japonizar" España, una expresión que luego harían suya sus discípulos, como Julián Besteiro o Fernando de los Ríos⁴.

Los escasos viajeros españoles que visitaron Japón desde finales del siglo XIX —diplomáticos, escritores y periodistas— dieron cuenta de múltiples aspectos en los que se manifestaba la rápida transformación económica japonesa (transportes, comercio, ciudades, etc.) e intentaron apuntar posibles causas y responder a alguna de las muchas cuestiones que suscitaba: ¿Había consistido sólo en una simple estrategia de imitación de patrones occidentales o había algo más? ¿Qué importancia habían tenido los peculiares valores nipones? ¿Y el deseo de evitar la supeditación a las potencias extranjeras en el futuro? ¿Había sido la educación un factor tan decisivo como se decía? ¿Qué papel había desempeñado el emperador y hasta qué punto podía hablarse de una industrialización dirigida desde arriba, basada en un fuerte intervencio-

nismo y en la decidida actuación de un gobierno eficaz? ¿Contradecía la exitosa táctica comercial japonesa las tesis librecambistas? ¿Había conseguido Japón modernizarse sin necesidad de renunciar a su marcada idiosincrasia cultural? ¿La modernización había sido más económica que social, dado — por ejemplo — el estatus de la mujer? ¿Se consolidaría a largo plazo o sería sólo un cambio pasajero? ¿Qué pasaba con los argumentos raciales — tan en boga a finales del siglo XIX — que caracterizaban a la "raza amarilla" — y a la latina — con serias carencias en capacidad de innovación e iniciativa económica?

Este trabajo, precisamente, pretende analizar la imagen socioeconómica de Japón reflejada por los viajeros españoles que visitaron el Imperio del Sol Naciente entre 1868 — año del inicio de la Era Meiji y de la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre ambos países — y 1936. Es decir, se centra en examinar cómo fue evolucionando la percepción del impresionante cambio económico japonés y sus causas, así como de las posibilidades de trasladar a España ciertas "recetas" prácticas derivadas de dicho modelo. Aunque se han publicado excelentes trabajos dedicados a la imagen del Japón en este periodo, hasta ahora ninguno ha puesto el foco en la visión estrictamente socioeconómica esbozada en el conjunto de los libros de viaje españoles⁵.

Las relaciones entre España y Japón tardaron en restablecerse más que en el caso de otras naciones europeas. Tras los primeros contactos entre ambos países en los siglos XVI y comienzos del XVII (como la visita del jesuita Francisco Javier en 1549 o las embajadas Tensho — 1582 — y Keicho — 1613 —), Japón se cerró al exterior en 1639. Su apertura no se produciría hasta 1854

² Sobre las bases socioeconómicas de la modernización, SENDÓN (2013).

³ Invitado por los promotores de la revista *Juventud* —Baroja, Azorín y Maeztu— Costa afirmaba que España debía equipararse con Europa haciendo "lo que hizo en grande Japón después de 1860 para convertirse, como se ha convertido, en una gran potencia" (COSTA, 1901, p. 1). Véase LOSANO (2017, p. 112).

⁴ Japón había buscado la educación y la ciencia en el exterior, y esa misma estrategia —según Giner— debía seguir España: "Estados que ayer tocaban casi los límites de la barbarie" como el Japón, habían enviado a multitud de estudiantes a las mejores universidades europeas y americanas (GINER, 1916, p. 147). En este sentido, había que "japonizarse", con un ambicioso programa de miles de brillantes jóvenes españoles pensionados en el extranjero, inspirador de la Junta de Ampliación de Estudios: ZAPATERO (1999, p. 47-48).

⁵ Por ejemplo, ALMAZÁN (2001) analizó en su tesis la imagen de Japón y el "japonismo" (influencia de las artes niponas en las occidentales) en las revistas ilustradas españolas de 1870 a 1935; RODAO y ALMAZÁN (2006) estudiaron la imagen modernizadora en las citadas revistas ilustradas y en *La Vanguardia*; BARLÉS (2011, 2017) ha estudiado los casos de los viajeros Gómez Carrillo y Reynoso con especial atención a los aspectos artísticos; TORRES-POU (2013) también dedicó un capítulo a Reynoso; y LOSANO (2017) se ha centrado en la obra de Dupuy de Lôme.

con el tratado comercial desigual impuesto por los Estados Unidos, al que le seguirían luego los firmados por otras potencias occidentales. Sin embargo, como ha mostrado RODAO (1991, p. 2-14), España retrasó hasta 1868 la firma de un acuerdo comercial con Japón debido a sus problemas de falta de presupuesto y al deseo de finalizar antes la expedición a Conchinchina (1857-1862), que había emprendido conjuntamente con Francia y de la que no obtendría nada relevante⁶. Dicha firma, además, no sería espoleada desde la metrópoli, sino desde su colonia filipina, donde se veía al Japón como un interesante mercado potencial. Sin embargo, el tratado apenas tuvo efecto impulsor del intercambio mutuo hasta mediados de la década de 1880, intensificándose algo en la de 1890 gracias a la iniciativa japonesa. Por otra parte, hasta 1898 — o al menos hasta la firma del Tratado de Límites (1895) — España contempló con recelo el ascenso de Japón y sus deseos de expansión hacia el sur, en la medida en podían constituir una amenaza para sus posesiones en el Pacífico. Luego, hasta la década de 1930, las relaciones entre ambos países estarían marcadas por el desinterés (BARLÉS, 2003, p. 41).

En cuanto a la imagen de Japón en España antes de la apertura de 1854, parece que no existía el absoluto desconocimiento que cabría esperar de un país remoto y cerrado al exterior. OJEDA (2017, p. 312-313) ha analizado la prensa española entre 1758 y 1800 llegando a la conclusión de que ésta ofreció una imagen del país bastante cercana a la realidad — aunque superficial — sobre aspectos tales como territorio, población, costumbres o religión. La mayoría de las fuentes procedían de finales del XVI y comienzos del XVII, y por eso se incurría en anacronismos (como la ausencia de referencias a la floreciente vida urbana o la insistencia en los conflictos internos); pero dichas informaciones mantenían en general su vigencia porque el país no había cambiado mucho debido a su aislamiento.

En cualquier caso, tras la apertura de 1854

parece que primó en las revistas españolas la imagen de Japón como un país exótico y lejano asociado a la corriente artística del "japonismo", una imagen idealizada, colorista y romántica influida por las evocaciones de Pierre Loti, Rudyard Kipling o Lafcadio Hearn (RODAO y ALMAZÁN, 2006, p. 2; BARLÉS, 2011, p. 392). Sin embargo, las sorprendentes victorias militares de Japón sobre sus grandes vecinos (China 1895, Rusia 1905) causaron gran impresión en la prensa y fueron dando paso definitivamente a la conformación de una imagen de país moderno con un poderoso y eficaz ejército, que en poco tiempo había realizado una impresionante asimilación tecnológica⁷.

Pero, en términos socioeconómicos y en la visión *directa* de los viajeros españoles que visitaron Japón, ¿cuál fue el retrato? Para responder esta pregunta, este trabajo subraya primero la reacción de los viajeros frente a la muy divulgada imagen tópica y estática del país, que no incidía en los asuntos económicos y que era tan distorsionada e irreal como la que se había ofrecido de España en el siglo XIX (epígrafe 2). Luego se analiza la imagen dinámica de Japón que proyectaron los viajeros españoles antes y después de 1898, y que destacaba en todo caso su acelerada transformación socioeconómica (epígrafe 3): ¿realmente vieron en el "milagro económico" japonés un modelo o "atajo" para la modernización económica de España, o ponderaron más sus limitaciones y problemas?

La reacción frente a la imagen estática y exótica

La mayoría de los viajeros extranjeros decimonónicos que visitaron España proyectaron una falsa imagen estática del país que se fijaba en sus costumbres tradicionales y su pasado ancestral, subrayando su carácter exótico y "distinto", y sin apenas prestar atención a su modernización socioeconómica. De hecho, aunque la España del siglo XIX se mantuviera atrasada económica-

⁶ Véase también TOGORES (1995).

⁷ En España las victorias bélicas japonesas dieron lugar a una amplia bibliografía: véase BARLÉS (2003, p. 43n). El espectacular desarrollo del ejército y la armada (material, organización, formación de cuadros, etc.) había superado todas las expectativas, y se entendía como parte —especialmente ilustrativa— del proceso de modernización general.

mente respecto a Gran Bretaña o Francia, ello no significaba que estuviera estancada o que no experimentara por aquellos años importantes transformaciones, al igual que otros países europeos. Pero a la mayoría de los viajeros foráneos esto no les interesaba. Querían reafirmar con su visita la imagen "romántica" que ya traían en su cabeza. Así, por ejemplo, Richard Ford –uno de los más representativos, que además llegó a residir una larga temporada en España– cayó en los citados estereotipos pese a declarar explícitamente que no quería reproducirlos. De hecho — como han mostrado PERDICES y RAMOS (2016) — no reseñó *ninguno* de los cambios socioeconómicos que se estaban produciendo entonces en el país, y prefirió fijarse principalmente en su pasado islámico encarnado por ciudades como Sevilla o Granada, pese a visitar otras zonas económicamente más dinámicas como Cataluña.

Algo parecido sucedió con Japón: muchos viajeros extranjeros — sobre todo de finales del siglo XIX— trasladaron una imagen estática del archipiélago, varada en los tópicos de su exotismo. En el mundo de habla hispana esta opción la representó el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927)⁸, un autor muy leído en su época que residió gran parte de su vida en París y Madrid. Pese a conocer — como Ford sobre España — los importantes cambios socioeconómicos experimentados por Japón en breve periodo, prefirió describir el país sobre la base de sus esencias tradicionales y su exotismo, en sintonía con su actitud crítica hacia los valores y la fealdad del mundo industrial⁹. Su amigo Rubén Darío, en el prólogo que le escribió a su *De Marsella a Tokio* (1906), lo resumió bien al señalar que, pese a las profundas transformaciones políticas y económicas del país y a su tan mentada europeización, para Gómez Carrillo perduraba "la intangibilidad de su espíritu y de sus antiguas tradiciones" (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. VIII).

En su citado libro de 1906, Gómez Carrillo se fijó sobre todo en *El Japón heroico y galante*, como

lo expresaba el título de otro texto suyo de 1912. Destacó en definitiva la pervivencia del carácter nacional anclado en la tradición. Su primer contacto con Japón — como corresponsal de *La Nación* y *El Liberal* — se produjo con su llegada a Yokohama, una ciudad portuaria cosmopolita con construcciones modernas y utilitarias, pero que realmente *no* era una ciudad japonesa: su vida era "negocio y no de placer" (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 140). Hasta hacía unos cuarenta años había sido tan solo un pequeño pueblo de pescadores, pero los yanquis le habían dado forma y el resultado era que "una ciudad hecha por gente de San Francisco, se parezca a San Francisco" (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 141). En cualquier caso, ese Japón *no* era el que él esperaba, aunque fuera consciente del progreso del país en las últimas décadas. Por la ventanilla del tren, camino a Tokio, Gómez Carrillo no acababa de descubrir el Japón americanizado del que tanto se hablaba en los libros, pero tampoco su "Japón ideal y delicioso" (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 144).

Cuando llegó a la capital, describió su trayecto de la estación al hotel incidiendo en las calles tortuosas, sucias y miserables, y en la modernidad que las había llenado de una horrible maraña de cables para el telégrafo y el teléfono, pero sin aceras ni alumbrado (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 155). En el hotel coincidió con hospedados de clase alta que vestían kimonos y ya se parecían más a los japoneses que él había esperado encontrar antes de su viaje. Pero tampoco Tokio era "su" Japón, por lo que inmediatamente se adentró en el país alejándose de los puertos cosmopolitas y sin detenerse en las "ciudades laboriosas" (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 158).

Visitó los templos de Nikko, que no tenían parangón con las construcciones europeas, ni tan siquiera con la Alhambra. De los templos pasó a describir las danzas sagradas, el arte de los contadores de cuentos, la tolerancia de los japoneses y, muy particularmente, el espíritu caballeresco y heroico nipón. Pero desmintiendo a

⁸ Sobre Gómez Carrillo: BARLÉS (2011), BUJALDÓN (2001) y COLOMBI (1996). CLARK (2009) señala algunas diferencias entre el orientalismo típico europeo y el de Gómez Carrillo. Sobre esto último véase también TINAJERO (2004).

⁹ El oficial de marina y cónsul portugués Wenceslao Morales también se identificó con el Japón exótico y tradicional (LOSANO, 2017, p. 170).

los que proclamaban que "el Japón, como Prusia, lharial de la guerra una industria", y despreciando asimismo a los políticos que obraban como los yanquis, "a la manera del comerciante moderno de sangre" (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 191, 194-195). De los antiguos samuráis exaltó su heroicidad, caballerosidad y lealtad, así como la estima cuasi-religiosa que tenían por sus espadas y su espíritu de justicia —elogiando de paso la equidad de la administración de justicia nipona —; y todo ello sostenido en el orgullo de ser japonés (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 217-218). Precisamente, ese orgullo estaba presente en los que viajaban a Europa en busca de conocimientos, pero que ya para entonces se habían dado cuenta de que en Japón se podía estudiar todo tipo de materias igual o mejor que en Europa (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 199-200). Por tanto, ahora sus salidas al extranjero eran meramente para aprender idiomas, sin renunciar a su "carácter nacional" (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 200).

En suma, Gómez Carrillo celebraba en su libro de 1906 lo que — según él — era lo auténticamente japonés, que encontró fuera de los puertos cosmopolitas y comerciales como Yokohama. En "su" verdadero Japón sobresalían la heroicidad, la lealtad, la justicia, la estética o la cortesía del pueblo, y sobraba todo lo relacionado con el progreso material que estaba germinando rápidamente. En definitiva, "todo hablaba al alma: todo evocaba visiones ideales" (GÓMEZ CARRILLO, 1906, p. 266). De ahí que otro libro suyo de 1907 se titulase *El alma japonesa*. No cabe duda entonces de que Gómez Carrillo admiraba la cultura tradicional japonesa; lo cuestionable era que los valores tradicionales definiesen al Japón de la época: "lo exterior en ciertas cosas, muy pocas, puede ser occidental. Lo del fondo sigue siendo este Oriente refinado y tan especial [...] Nada es tan falso, en efecto, como la idea que se tiene de la occidentalización de este pueblo" (GÓMEZ CARRILLO, 1912, p. 151, 191).

Las visiones estáticas del Japón, como la de

Gómez Carrillo, también se plasmaron —como señala CABREJAS (2009, p. 270) — en múltiples fotografías de ficción que recreaban escenas tradicionales japonesas pobladas de geishas y samuráis, dirigidas a lo que demandaba el mercado de lo exótico en Occidente¹⁰. Además, dichas visiones fueron también frecuentes en las revistas ilustradas españolas, especialmente hasta las victorias niponas sobre China y Rusia¹¹. Sin embargo, los viajeros españoles fueron en general muy críticos con esa imagen tópica, idealizada y estática, quizá por ser plenamente conscientes de que España había sufrido injustamente una caricaturización similar de su imagen exterior durante buena parte del siglo XIX.

Así, el diplomático Enrique Dupuy de Lôme (1851-1904), uno de los primeros viajeros españoles a Japón, denunció el peso de los estereotipos que llevaban a hacer generalizaciones absurdas, tanto del Imperio del Sol Naciente como de España (DUPUY, 1877, p. 194). Por su parte, el también diplomático Francisco de Reynoso (1856-1938) se esforzó abiertamente en no reproducir el "orientalismo" que impregnaba la mirada reduccionista, prejuiciada y con aires de superioridad de los europeos¹², y dejó claro que el Japón moderno había rasgado definitivamente "los velos de misterio en que estaba envuelto" para transformarse en un "luchador por la vida" (REYNOSO, 1904, p. 9). El novelista Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), en la misma línea, apuntó que los extranjeros buscaban geishas por las calles de Tokio al igual que buscaban gitanas en España, "creyendo que todas [eran] la Carmen de Merimée" (BLASCO, 2007, I, p. 225). Por su parte, el periodista Luis de Oteyza (1883-1961) fue aún más incisivo al criticar la imagen estática que los "ilustrados europeos" perfilaban de Japón. Así, en su primer libro sobre ese país — *De España al Japón* (1927) — describió sin preámbulos los cambios económicos y la notable actividad que se apreciaban nada más aproximarse al litoral nipón: "El archipiélago japonés entero est[aba]

¹⁰ Sobre viajeros que fotografiaron el Japón tradicional, pero también en algunas ocasiones el moderno, PLOU (2017) y VEGA (2014).

¹¹ Véanse ALMAZÁN (2001) y GUTIÉRREZ; RODRÍGUEZ (2013). Por ejemplo, *La Ilustración Española y Americana*, *La Ilustración Artística*, *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*, *Por Esos Mundos*, y *Alrededor del Mundo*.

¹² TORRES-POU (2013, p. 190, 193).

iluminado, porque sobre su superficie completa se alzaban construcciones [...] tan próximas las unas a la otras que casi se tocaban de continuo", y todo el campo estaba cultivado (OTEYZA, 2012, p. 248). La costa se mostraba completamente cubierta de casas, fábricas y almacenes, e incluso también "los minúsculos trozos de tierra que apenas sobresalían del mar" (OTEYZA, 2012, p. 249). Tal concentración de población explicaba, en cierto modo, "los extremados progresos de una industria" que tenía que "subvenir a las necesidades de tantos seres reducidos a tan escaso territorio" (OTEYZA, 2012, p. 249).

OTEYZA (2012, p. 243) subrayaba cómo Japón, "cuando hubo de convencerse de que la civilización de los otros países era mayor y mejor que la suya, se había lanzado por la vía del progreso con tanto ímpetu que apenas en media docena de lustros [había llegado] a adoptar y hasta perfeccionar cuantos inventos había producido el ingenio humano". Pero, pese a tan grandes y vertiginosos progresos económicos, los europeos seguían considerando

al Imperio japonés como un delicioso país de abanico –montañas de corcho y valles de musgo, árboles enanos y flores gigantes–, con casitas de papel, donde vivían unas muñecas de ojos oblicuos que tomaban té, y unos fantoches de bigotes erizados que llevan en la cintura tres o cuatro sables tremendos por pura coquetería" (OTEYZA, 2012, p. 243-244).

No sería hasta las victorias sobre China (1895) y Rusia (1905) cuando los europeos empezaron a comprender que "el pueblo japonés era una cosa seria" (OTEYZA, 2012, p. 246).

El segundo libro de Oteyza — *En el remoto Cipango* (1927), ya centrado exclusivamente en Japón — se iniciaba con un apartado titulado "Protesta de veracidad". En él exponía la solicitud de sus amigos japoneses de que retratase su país tal como era, y no como se lo imaginaban los occidentales: "Los literatos coloristas han debido contar cosas que, si fueron en tiempos pasados, en los presentes tiempos ya no son, y hasta que no lo han sido en ninguno de los tiempos habidos y por haber" (OTEYZA, 2013, p. 10). Le resultaba obligado seguir

tal consejo porque no era posible que, "tanto como se censuraba a los llegados a España para copiar las panderetas, se pretendiera de él que al Japón [viniera] para dedicar[se] a la equivalente labor de copiar abanicos" (OTEYZA, 2013, p. 11). Los samuráis eran cosa del pasado y sólo revivían en las pantallas cinematográficas (OTEYZA, 2013, p. 16). Por tanto, él debía centrarse en describir el Japón moderno y su dualidad, pero teniendo en cuenta que muchas peculiaridades pintorescas retratadas por los occidentales — como geishas, casas de té y demás — eran a menudo meras atracciones adaptadas a los gustos de los turistas (OTEYZA, 2013, p. 94-96)¹³.

Hubo aún otro viajero español al final de período aquí considerado, Ricardo Martorell (1905-1937), que no se fijó en la modernización económica del Japón, que ya no era novedad en Occidente en 1933. Optó más bien, explícitamente, por destacar curiosidades, hechos puntuales y peculiares, restos del pasado que perduraban; pero sin caer en tópicos de postal y a sabiendas — a diferencia de Gómez Carrillo — de que no definían en absoluto al nuevo Japón. Así, respecto a la actividad productiva, no entró a analizar los nuevos sectores característicos de la Segunda Revolución Industrial, sino que se fijó en la elaboración del *sake* — visitando las fábricas de Hanaki y Oishi (MARTORELL, 1933, p. 234-241) — o en la pesca con cormoranes, a la que calificó de "pintoresca" (MARTORELL, 1933, p. 249). Asimismo, se adentró en Japón para conocer a los ainus, una raza en extinción, o disfrutar del teatro de marionetas de Osaka (MARTORELL, 1933, p. 259).

La imagen dinámica: el rápido progreso económico y sus significativas limitaciones

Los viajeros españoles se quedaron deslumbrados por el rápido progreso económico japonés acompañado de un creciente poderío militar, pero fue sobre todo tras las victorias niponas sobre China (1895) y Rusia (1905) cuando empezaron a dar una imagen inequívocamente dinámica del país. En concreto, se preguntaron si tan rápido progreso económico podría ser continuo y cuáles

¹³ ALMAZÁN (2017).

eran sus limitaciones y peligros. Tales cuestiones eran importantísimas cuando en la cabeza de los viajeros rondaba la idea de si el modelo japonés –a pesar de las diferencias culturales y religiosas– podía llegar ser un modelo de modernización para España. De hecho, España era un país atrasado en el contexto europeo del que sus visitantes –como había sucedido con Japón– tendían a ensalzar más la pervivencia de lo tradicional que los cambios económicos producidos durante el siglo XIX.

No sólo atraía a los viajeros españoles el milagro económico nipón en general, o que el mismo se hubiera producido partiendo de una sociedad muy tradicional que – pese a todo – no había perdido sus esencias, sino también algunos rasgos y cambios particulares interesantes para el caso español: el paso de un modelo autárquico a una (forzada) apertura comercial y – posteriormente – a una negociación de tratados comerciales más favorables¹⁴; de un marco institucional rígido y descentralizado a otro definido por la monarquía parlamentaria y la unidad nacional; y de un desconocimiento de la ciencia y tecnología modernas a su plena asimilación. En definitiva, una transformación socioeconómica en la que el emperador había sido el motor del cambio, en la que había habido que definir bien el papel del ejército, y en la que se había prestado una especial atención a la educación. Estos eran precisamente los mismos temas que preocupaban en España, y además –como apuntaron RODAO y ALMAZÁN (2006: 1)– el análisis del modelo de modernización japonés había servido de excusa y contraste para criticar el atraso español.

3.1. *El dinamismo nipón en los viajeros de finales del siglo XIX: el condicionante filipino*

Dupuy de Lôme fue un diplomático preocupado por los temas económicos y llegó a ser Jefe de la Sección de Comercio de Ministerio de Asuntos Exteriores en 1890-91 (BLAT, 2017, p. 110). Tuvo una visión privilegiada de los cambios que se estaban

produciendo en Japón, pues estuvo destinado en el puerto de Yokohama entre 1873 y 1875, a poco de firmarse el tratado de comercio y amistad hispano-japonés en 1868. Pero, sobre todo, analizó en dos momentos diferentes – 1877 y 1895 – los rapidísimos cambios que estaba viviendo en el país.

En su libro de 1877 describió su vuelta al mundo y contrastó el dinamismo japonés con el "fatalismo musulmán", "el quietismo chino" y "la actividad norte-americana" (DUPUY, 1877, p. 8). Ofreció una imagen dinámica de Japón, pero destacando la fuerte dualidad que persistía entre lo tradicional y lo moderno. Desde su apertura en 1854, había "marchado muy deprisa" y en un breve periodo y con simples decretos había cambiado instituciones seculares que en Europa hubiera costado "ríos de sangre" llegar a establecer "muy paulatinamente" (DUPUY, 1877, p. 193). Por eso, para conocer el Japón moderno había que entender que las ciudades, como la de Yokohama, estaban divididas en la parte extranjera – donde se ubicaban los almacenes y el comercio y regía la ley foránea – y la parte japonesa (DUPUY, 1877, p. 193). Saliendo de los distritos extranjeros –que no eran "el Japón verdadero"– se encontraba un país en el que primaba la dualidad entre lo tradicional y lo moderno (DUPUY, 1877, p. 195).

Ya no existía el Japón plenamente tradicional, sino que muchos samuráis, por ejemplo, se confundían con la "clase media" (DUPUY, 1877, p. 196). El feudalismo había concluido hacía diez años, y no se podía asociar a Japón con aquel imperio que se había cerrado al mundo en el siglo XVII (DUPUY, 1877, p. 216). En aquellos momentos, "una sed de reforma se [había] apoderado de los hombres que [gobernaban] Japón [...] Todo lo que [era] moderno y todo lo que [era] occidental [era] admitido ciega e irreflexivamente por gobernantes que [creían] que [bastaba] un decreto, o [...] la ley escrita, para que todo un pueblo [varias] sus creencias y su forma de ser" (DUPUY, 1877, p. 225-226). Tanto en la organización del ejército y la marina como en la introducción de ferrocarriles, se había adoptado

¹⁴ En 1857 Estrada apuntó que el ejemplo japonés mostraba que un país podía "proveer a su prosperidad" sin la libertad de comercio, aunque ésta fuera importante para el progreso económico: pese al largo aislamiento, no había caído en la barbarie ni en el completo estancamiento (ESTRADA, 1857, p. 65).

el modelo europeo, y los japoneses parecían querer convertirse a su vez en "ejemplo" para los demás países asiáticos. No obstante, en una fecha tan temprana como 1877, Dupuy se preguntaba cuáles serían los resultados de esas reformas, concluyendo que no le estaba dado "profetizarlo": había vivido durante dos años grandes transformaciones socioeconómicas, pero también el orgullo desmedido del japonés —tan elogiado por Gómez Carrillo—, las luchas internas entre los partidarios y detractores de las reformas, y las trabas interpuestas al comercio interior y exterior (reducido a cinco puertos) (DUPUY, 1877, p. 226).

En definitiva, Dupuy describió en 1877 los costes de la transición socioeconómica, tales como la deriva militarista que satisfacía a los militares desplazados con las reformas, o el aumento de los conflictos bélicos para acallar insurrecciones (DUPUY, 1877, p. 227). De lo único que estaba seguro entonces era de que todavía no se sabía qué partido ganaría finalmente, si el del progreso o el de la tradición (DUPUY, 1877, p. 227). No obstante, los europeos querían que Japón se desarrollase y llegase a ser ejemplo para el resto de los países asiáticos (DUPUY, 1877, p. 229). Por otra parte, después de recorrer el mundo y vivir en Japón, Dupuy prefería para España la vía europea de modernización, dada la incertidumbre que despertaba el modelo nipón y los discutibles principios morales sobre los que se asentaba el estadounidense (DUPUY, 1877, p. 263, 396).

Posteriormente, en sus *Estudios sobre Japón* (1895), Dupuy mantuvo que Japón era ya un verdadero "ejemplo" de desarrollo, pues desde su partida del país el ritmo de los cambios económicos se había acelerado (DUPUY, 1895, p. 10). Es decir, las fuerzas transformadoras habían acabado imponiéndose. Tal hecho era fundamental cuando se estaba viviendo el "siglo del movimiento y de la industria", en el que "las batallas que el comercio y la industria ganaban [eran] más importantes que las que ganaban los ejércitos" (DUPUY, 1895, p. 23-24). En la última sección de su libro, titulada "La transformación del Japón. 27 años de Meiji. 1867-1894", planteaba cinco reformas clave que — en su opinión — se habían gestado en el interior del país,

aunque los extranjeros las hubieran precipitado (DUPUY, 1895, p. 166): política (adaptación de leyes occidentales, moderna Constitución, cuerpo de empleados públicos por oposición, etc.) (DUPUY, 2017, p. 192-199, 204-206); militar (siguiendo pautas francesas y prusianas) (DUPUY, 2017, p. 212, 214); educativa (generalización de la educación primaria, creación de universidades y escuelas de comercio, etc.) (DUPUY, 2017, p. 190, 218); social (integración progresiva de los samuráis en el pueblo) (DUPUY, 2017, p. 195-197); y económica (expansión del comercio internacional, fomento y protección de la industria nacional en todo tipo de sectores — tradicionales, estratégicos y punteros —, desarrollo de una red de bancos regulados, etc.) (DUPUY, 2017, p. 225-229).

Dupuy enumeró estos cambios "milagrosos", pero sobre todo incidió en sus costes, como ya había hecho en su libro de 1877. En particular, destacó las protestas y rebeliones sangrientas que habían dilapidado millones: el gobierno había actuado con fuerza contra los opositores a sus reformas, pero también con mano izquierda (DUPUY, 2017, p. 232-233). Por otra parte, aunque en algunas ocasiones llegó a emitir cantidades excesivas de billetes, finalmente supo disciplinar la oferta monetaria y ordenar la Hacienda Pública (DUPUY, 2017, p. 239). Por tanto, Japón había logrado el éxito económico pese a las dificultades y a diferencia de China, cuya capital —"la antigua hermosa ciudad de las dinastías chinas"— se había convertido en una "cloaca inmundada" (DUPUY, 2017, p. 258).

En este segundo libro de Dupuy, en el que se describían los grandes cambios en la economía japonesa, tampoco se indicaba que los mismos se pudieran aplicar a España, ni tan siquiera a Filipinas. Lo que sí quedaba claro era que lo ocurrido en Japón no tendría repercusión en Filipinas, porque dicha colonia no prosperaría sólo "promulgando unas cuantas leyes" (DUPUY, 2017, p. 259). Japón —a diferencia de las Filipinas que se encontraron los españoles en el siglo XVI— tenía religión, escuelas, leyes escritas y cultura *antes* de las reformas, y sólo había necesitado el "espíritu" Occidental y su ciencia para despegar (DUPUY, 2017, p. 259). Por eso, Dupuy sólo propuso que

España jugase bien sus cartas y que con ciertos cambios en la política colonial sacase partido al archipiélago filipino por su proximidad al mercado japonés, pasando así a desempeñar un papel importante en Asia (DUPUY, 2017, p. 264). En definitiva, si en el libro publicado en 1877 ya había desechado el modelo japonés para España — prefiriendo a cambio el europeo —, en el de 1895 consideró que el modelo tampoco se podía aplicar a Filipinas; es más, denunció la candidez de aquellos gobernantes que creían que con la ley escrita se podía transformar todo un pueblo.

A Dupuy lo único que realmente le interesó de Japón respecto a su posible traslación a España fue su sector tradicional sedero, tal como expuso en la memoria *La seda. Su cultivo y su producción en el Imperio Japonés* (1875). Su familia — de origen francés — tenía una larga tradición en dicho sector, y su padre — Santiago Dupuy — había publicado un libro sobre el asunto titulado *Apuntes sobre la industria de la seda y cría del gusano que la produce*, dedicado a la Sociedad de Amigos del País (1839), en donde había propuesto la introducción de innovaciones tecnológicas como la máquina de vapor (LOSANO, 2017, p. 88-91). Su hijo llegó a Japón cuando la pebrina — una enfermedad del gusano de seda — había destruido la industria sedera en Italia, Francia y España. Por eso, la Sociedad Valenciana de Agricultura se había dirigido al gobierno, en 1874, para que los representantes diplomáticos en Japón buscaran en ese país una posible solución a la crisis del sector (LOSANO, 2017, p. 91). Pero a Dupuy no le interesó la industria japonesa del tejido, porque nada se podía aprender de "sus procedimientos [...] primitivos, sus máquinas imperfectas y la pérdida de tiempo y seda desperdiciada" (DUPUY, 1875, p. 47); ni tampoco el comercio de la seda tejida, como a franceses e italianos. Sí se fijó, en cambio, en la cría de gusanos y la exportación de cartones de simientes a Europa (DUPUY, 1875, p. 32).

Analizó minuciosamente las regiones japonesas productoras del gusano de seda para el mercado mundial, los secretos de su cría y sus

enfermedades, el cultivo de la morera y, sobre todo, qué gusanos eran los más adecuados para alcanzar "buenos resultados" en España: "no sólo Sevilla, Córdoba, Granada y Almería, que en lo antiguo han cosechado e hilado mucha seda, sino también Cataluña, Galicia, Asturias, las Provincias Vascongadas y todas aquellas que tienen agua podrían producir seda, porque su clima es menos frío que el de muchas de las provincias [japonesas] de las que hemos hecho mención como grandes productoras" (DUPUY, 1875, p. 12). Detalló cómo el comercio de cartones de simientes — supervisado por el Estado — estaba en manos de monopolistas locales que elevaban artificialmente los precios (DUPUY, 1875, p. 36-37, 40-45). Había dos sistemas para la compra de simiente: uno, a través de las casas de comercio de Yokohama y, otro, mediante comisionados europeos (DUPUY, 1875, p. 39-40). En este último caso el problema radicaba en que esos comisionados también elevaban los precios artificialmente y, al no ser españoles, destinaban los mejores cartones a Francia e Italia. Por tanto, para que la industria sedera prosperase en España habría que encargar — como había hecho la Sociedad Valenciana de Agricultura en 1874 — "cartones de simientes de primera calidad sin reparar en el precio", y comprarlos a "comerciantes acreditados" vigilados por el Estado español (DUPUY, 1875, p. 40). En suma, según Dupuy el desarrollo de la industria sedera era prioritario en España, y la cría del gusano de seda constituía uno de los "raros sectores en donde Japón podía exportar tecnología a Occidente" (LOSANO, 2017, p. 100).

Otro diplomático, Francisco de Reynoso, viajó a Japón en 1882 como secretario de legación, aunque no publicaría sus impresiones hasta 1904¹⁵. Su año de residencia, su interés por visitar las zonas menos frecuentadas, y su esfuerzo por aprender japonés para poder comunicarse directamente, dan a su testimonio notable valor. Respecto al sector primario, se refirió a una agricultura intensiva — tierra cuidadosamente cultivada y densamente poblada, con completos

¹⁵ Sobre su figura, BARLÉS (2017).

sistemas de irrigación — así como a la disponibilidad de ciertos recursos como cobre o madera; pero también apuntó la constante amenaza de catástrofes naturales (REYNOSO, 1904, p. 66-69). En el terreno industrial, todavía en incipiente despegue en 1882, destacó sobre todo el núcleo de Kioto, y en los transportes subrayó la enorme potencialidad del ferrocarril — ya en construcción — en un país cuyas dos terceras partes eran montañosas y donde el modo básico tracción aún seguía siendo el humano (REYNOSO, 1904, p. 237, 243, 268, 306). Finalmente, en lo social recalcó la generalización de la educación primaria y la recepción de profesores y técnicos occidentales, pero también llamó la atención sobre la relegación de la mujer al papel de esposa complaciente y sumisa (REYNOSO, 1904, p. 153-157, 214).

En cualquier caso, fueran cuales fuesen las bases de la ya entonces evidente transformación del Japón, lo cierto era que el país tenía un marcado carácter propio. Estaba en las antípodas de España no sólo geográficamente, sino también moral e intelectualmente (REYNOSO, 1904, p. 151). En general, en valores, mentalidades y "organización de los cerebros" la distancia entre Occidente y el disciplinado, respetuoso y ordenado pueblo japonés era enorme: "En el orden de las ideas nos separa un abismo, tan grande, que podría decirse padecen un daltonismo moral con relación a nosotros, ya que una misma idea analizada con su criterio les merece un concepto diametralmente opuesto al nuestro" (REYNOSO, 1904, p. 280). Por último, Reynoso opinaba que la lengua japonesa imponía un límite a un desarrollo científico: "el japonés resulta deficiente para expresar con claridad y precisión las ideas, e inadecuado para el raciocinio, la abstracción y el análisis intelectual"; por ello, mientras no mejorasen "el imperfecto vehículo de pensamiento" de que disponían y no hicieran "un alfabeto" seguirían siendo tributarios de la civilización europea (REYNOSO, 1904, p. 148)¹⁶.

El periodista Juan Lucena de los Ríos publicó

en 1896 *El Imperio del Sol Naciente. Impresiones de un viaje a Japón*. En su prólogo, citando a Ricardo Cortambert — secretario de la Sociedad Geográfica francesa —, señaló que China era "el edificio" que se hundía mientras Japón era "el monumento" que se levantaba, y elogió el talento y laboriosidad de los japoneses frente a los corruptos chinos (LUCENA, 1896, p. 6). Es más, los japoneses eran tan "ardientes para el trabajo como para la pasión" (LUCENA, 1896, p. 11).

Como Dupuy, Lucena subrayó también la dualidad del nuevo Japón. Por boca de un comerciante de Yokohama expuso que, aunque la vida hubiera sido tranquila y segura antes de la apertura de su país, en ese momento "el hombre libre, de corazón y activo" podía crearse una existencia "agradable y honrada" (LUCENA, 1896, p. 28). En el seno de la familia de dicho comerciante, aunque se estaba a favor de la modernización, se apreciaban diferencias entre los que se querían occidentalizar rápidamente y los que deseaban el cambio sin perder sus costumbres. Esta tensión entre lo tradicional y lo moderno quedaba especialmente patente en la transformación de las leyes civiles según el patrón occidental, que podría entrar en contradicción con las costumbres tradicionales (LUCENA, 1896, p. 50). Pero, como reconocía un amigo japonés, si bien la adopción de hábitos europeos podía causar trastornos, el país progresaba "aprovechando vuestros conocimientos [...] con una rapidez inaudita" (LUCENA, 1896, p. 53). No obstante, también era cierto que el emperador, como motor de las reformas, no podía traspasar ciertos límites, pues ya había dejado de ser considerado un dios.

La dualidad se percibía sobre todo en cómo los sectores económicos artesanales y tradicionales se habían visto afectados por los modernos. Así, habían caído las exportaciones de seda porque la italiana era más limpia y barata (LUCENA, 1896, p. 103-104). Además, los productores japoneses de seda — como había denunciado Dupuy — actuaban

¹⁶ Alfredo Opisso (1847-1924) —redactor de *La Vanguardia*— ofreció en 1898 una descripción de Japón bajo la forma de viaje imaginario a Oriente, reflejando lo que por entonces debía ser la visión más extendida y superficial de la portentosa transformación del país. Además de las consabidas informaciones sobre reformas y cambios, aludía a un posible "límite" del ascenso japonés que conectaba en cierto modo con el argumento de Reynoso: la facultad de imitación como rasgo típico de los pueblos del Extremo Oriente, y la supuesta incapacidad de los profesores nipones para ir más allá de la mera observación y reproducción, sin remontarse a las causas últimas (OPISSO, 1898, p. 106, 111).

como un grupo de presión reteniendo el producto hasta el día anterior de la partida de los buques extranjeros, por lo que no dejaban más opción a los foráneos que comprar a precios elevados; pero éstos ya se habían cansado de tales maniobras, reduciendo sus compras y dejando desolado al sector (LUCENA, 1896, p. 104). Del mismo modo, en otro sector artesanal y tradicional como el de los lacados, los productores ya no exportaban buenas piezas y su arte se estaba depreciando, porque también les había perdido "un insensato cálculo" económico (LUCENA, 1896, p. 105). En cambio, mientras la seda y los lacados decaían, prosperaban nuevos sectores como el del cultivo del té, promocionados por el gobierno con subvenciones y granjas modelo (LUCENA, 1896, p. 108).

Una ciudad como Kioto era igual a la de hacia "casi once siglos": estaba repleta de palacios y templos, teatros tradicionales, luchadores y prestidigitadores. No obstante, al mismo tiempo, "la industria y el comercio estalban allí extremadamente desarrollados" (LUCENA, 1896, p. 156). En cualquier caso, los nuevos sectores convivían en armonía con la cuidada producción de los sectores tradicionales: tejidos de oro, seda y algodón, porcelanas, palillos para comer, trabajos de bambú, hueso, conchas marinas y marfil, cedería, o cajas lacadas (LUCENA, 1896, p. 202-206). Curiosamente, "una de las cosas que [más llamaban] la atención del europeo en cuanto se [refería] a los artesanos japoneses, [era] la extrema exigüidad de los recursos de que [disponían] para sus trabajos", el hacer mucho con poco (LUCENA, 1896, p. 204). Por otra parte, la modernidad y la tradición de las producciones se mostraban con naturalidad como elementos complementarios y definitorios del país: así, en una exposición en el Palacio Imperial, se presentaban conjuntamente objetos tradicionales del arte japonés y "productos actuales del arte, la industria y el comercio", que además estaban

a la venta (LUCENA, 1896, p. 158).

En suma, Lucena describió en detalle la dualidad socioeconómica de Japón, y cómo los sectores económicos tradicionales convivían con los modernos, dejándose incluso influir por éstos. Pero terminó afirmando que los viejos tiempos nunca volverían: "el feudalismo militar" tendía a transformarse en una "aristocracia mercantil" (LUCENA, 1896, p. 277).

En general, antes de 1898 los viajeros españoles se mostraron ambiguos ante la repercusión que pudiese tener en Filipinas la rápida transformación expansiva del Japón: ¿"peligro amarillo" u oportunidad de mercado emergente? Como lo resumió LUCENA (1896, p. 10) a tan solo dos años de la independencia filipina, había que evaluar si el pujante Imperio del Sol Naciente era un enemigo del que precaverse o un amigo con quien contar. Dupuy, por su parte, aunque había mantenido en 1877 que Japón podría llegar a ser un peligro para Filipinas por su militarismo expansionista, se centró entonces en destacar las ventajas que podía obtener la colonia española del crecimiento económico japonés (DUPUY, 1877, p. 170)¹⁷. Pero en 1895 consideraba que la amenaza japonesa era ya real, y venía a sumarse a la agresividad expansionista de Estados Unidos: "el ejemplo continúa, el peligro ya ha llegado, y será mayor cada día" (DUPUY, 1895, p. 10-11).

Por otra parte, la ambigüedad frente al Japón había que contextualizarla en el conflictivo periodo previo a la independencia, en el que cundió la sensación de que Filipinas era una colonia "semi-abandonada", y no sólo por su lejanía geográfica de la metrópoli (GRAW, 2013, p. 505)¹⁸. Esta desidia se extendía hacia todo lo asiático. Así, Dupuy denunció la ausencia de comerciantes españoles en Japón: "en un mercado de más de cuarenta millones de habitantes, no había [en 1873-1875] ni un solo comerciante español" (DUPUY, 1895, p. 22). Parecía que el espíritu aventurero de los siglos

¹⁷ En 1879, utilizando informes del propio gobierno japonés, el ingeniero forestal José Jordana (1836-1906) coincidió con el diagnóstico de Dupuy: la proximidad a un Japón en fuerte crecimiento era fuente de grandes oportunidades para Filipinas. Éstas se concretaban en la satisfacción de la creciente demanda maderera nipona; la posibilidad de encontrar un potente mercado para productos filipinos como tabaco, tintes vegetales, arroz, azúcar o café; y la recepción de inmigrantes japoneses para estimular la economía y sustituir a la mano de obra india (JORDANA, 1879, p. 8, 51-52).

¹⁸ Véanse RODAO (1991), RODRÍGUEZ (1994), ELIZALDE (1995) y POZUELO (1995).

XV y XVI hubiera desaparecido entre los españoles y, en cambio, los comerciantes e industriales no hacían más que "pedir protección al Estado", aunque ni sabían ni querían "aprovecharse de la protección y protegerse a sí mismos" (DUPUY, 1895, p. 25). Es más, en sus viajes por el mundo observó que los banqueros, comerciantes e industriales españoles, a diferencia de los extranjeros, no enviaban a sus hijos a que aprendieran cómo se debía "fabricar, comprar o vender [productos] para que el consumidor los [preferiera] a los [...] de otras naciones" (DUPUY, 1895, p. 26). Por tanto, si bien España no tenía una política colonial que integrase a Filipinas en el mercado mundial — perdiendo así oportunidades —, tampoco el sector privado — comerciantes e industriales particulares — contribuía a mejorar esta situación¹⁹.

3.2. La visión socioeconómica de los viajeros españoles del primer tercio del siglo XX

Al iniciarse el siglo XX, tras las grandes victorias militares niponas, el interés por Japón aumentó considerablemente en España. Prueba de ello fueron los numerosos estudios que aparecieron entonces ensalzando su modernización económica, pero incidiendo también en sus limitaciones. Se trataba de ensayistas que, sin haber visitado el país, se sentían atraídos por su excepcionalidad. Tales fueron, por ejemplo, los casos del francés Andrés Bellessort (1866-1942) — que tuvo notable ascendiente en España — o de los españoles José Cascales (1865-1933) y Manuel Sales y Ferré (1843-1910).

Bellessort, por ejemplo, destacó que los industriales europeos podían dormir tranquilos, pues los japoneses — carentes de toda originalidad — sólo sabían imitar; además, la ciencia occidental, que tan confiados copiaban, les traería nuevos problemas (BELLESSERT, 1905, p. 105, 320). Por otra parte, la fuerte dualidad entre el moderno y el viejo Japón generaría también crecientes conflictos y tensiones sociales (BELLESSERT, 1905, p. 282, 316). Todo ello, unido a una actividad económica aún

no consolidada, sembraba serias dudas sobre el futuro, haciendo que el destino final del país fuera incierto (BELLESSERT, 1905, p. VII-VIII).

Por su parte, CASCALES (1908, p. 84, 87-88) subrayó la fuerte dependencia del exterior: la rápida asimilación científica japonesa sólo tendría efectos a largo plazo en el desarrollo de conocimiento propio, mientras que el dominio del comercio internacional japonés por los extranjeros era el precio que tenían que pagar por su asimilación de los métodos occidentales.

Finalmente, Sales aludió a otros tantos "peligros": la incompatibilidad entre la ciencia occidental y el sintoísmo, que cohesionaba el país enseñando a obedecer al emperador y contribuyendo a que el japonés fuera diligente y sacrificado (SALES, 1909, p. 30, 102, 151); la educación en la tradición, sin libertad en el pensar y con poca curiosidad por el conocimiento abstracto (SALES, 1909, p. 123, 130); el hecho de que la sociedad japonesa siguiera basada "en el comunismo de la época feudal" (SALES, 1909, p. 118); los restringidos recursos naturales combinados con una población abundante y un aún limitado sector industrial que sólo podría sobrevivir con grandes sacrificios (SALES, 1909, p. 141); el aumento de la desigualdad y la miseria de los trabajadores (SALES, 1909, p. 147-8); o incluso la falta de "energía latente" de la raza japonesa para la creación (SALES, 1909, p. 188-9). SALES (1909, p. 187-188) era por tanto pesimista sobre el futuro del "milagro" económico nipón: los japoneses sólo habían tomado la parte material de la civilización occidental — sin sus principios éticos — y lo peor de su organización política (burocracia, armamento y elevados impuestos).

Algunas de las cuestiones planteadas "desde la distancia" por estos influyentes ensayistas serían luego reseñadas — *in situ* y con matices — por los viajeros españoles. Blasco Ibáñez, por ejemplo, llegó en 1923 a un Japón desolado después de un fuerte sismo y — como ya se ha expuesto — denunció los estereotipos que caricaturizaban

¹⁹ LOSANO (2017, p. 58). Oteyza describió a uno de esos activos comerciantes que ansiaba Dupuy: el comerciante Rafael Vázquez de Huelva, que traficaba con corcho español y se había introducido en el difícil mercado de los grandes almacenistas japoneses. Gracias a hombres como éste — o a los Pinzones del pasado — España había dominado "el Nuevo Mundo y podría dominar otros mundos más distantes" (OTEYZA, 2013, p. 139).

el país. De hecho, se alejó de la visión estática del francés Pierre Loti y — en cambio — percibió tanto los cambios derivados de las reformas de la época Meiji — que habían modernizado Japón “en pocos años”— como sus problemas (BLASCO, 2007, I, p. 195; GEORGE, 2013, p. 445).

En primer lugar, Blasco subrayó la fuerte dualidad socioeconómica del Japón. Así, describió Kioto como “una de las poblaciones más grandes del Japón”, pero que se mantenía “al margen de la reforma occidental” iniciada hacia medio siglo. En ella los inventos modernos no hacían “más que deslizarse”. Los hijos del país los empleaban sólo si les eran útiles, pero permanecían “fieles a la tradición”. Con todo, pese a ser la ciudad “más japonesa”, no dejaba de haber en ella “esas mezcolanzas de antiguo y moderno que [surgían] con tanta frecuencia en la vida del Japón actual” (BLASCO, 2007, I, p. 285, 294). En cambio, Osaka era una ciudad con población industrial que vivía “ya muy lejos del antiguo Japón visto en los libros y las estampas”, lo mismo que Yokohama, que contaba con “grandes calles embellecidas por el comercio” pese a su destrucción por un fuerte terremoto (BLASCO, 2007, I, p. 179, 314).

Pero esta dualidad socioeconómica era insostenible en el tiempo: “hay dos Japoneses: uno ha entrado a todo vapor en la evolución universal del progreso, y otro que, por razones políticas interiores y por inercia, quiere permanecer unido a la primitiva tradición [...] Repito que esta situación anómala no puede mantenerse indefinidamente” (BLASCO, 2007, I, p. 310). En los grandes centros industriales el socialismo tenía muchos adeptos, y — como ya había apuntado Sales — cabía imaginarse lo que ocurriría si los obreros se entregaban al socialismo con el mismo entusiasmo que sus ascendientes al Emperador (BLASCO, 2007, I, p. 311).

Blasco Ibáñez también planteó el problema derivado de que los japoneses fuesen imitadores. Admiraba, por una parte, el gran esfuerzo realizado — más cuando sólo hacía medio siglo vivían

en la Edad Media — y cómo habían asimilado rápidamente todos los progresos materiales; también apreciaba cómo su buena educación y disciplina les habían permitido adaptarse hasta ahora, cambiando sus pensamientos y costumbres “para obedecer las órdenes innovadoras del Mikado” (BLASCO, 2007, I, p. 321). Pero, por otra parte, como habían apuntado Bellessort y Sales, eran meros imitadores y de momento no se les podía exigir más. Quedaba por ver si en el futuro Japón sería “un simple imitador” o podría contribuir “al progreso universal con un aporte puramente suyo” (BLASCO, 2007, I, p. 322). Por otra parte, el porvenir de Japón era mucho más “enigmático” que el de otros pueblos: ¿seguiría aceptando el progreso con todas sus consecuencias, como el surgimiento de una amplia “masa” de trabajadores? (BLASCO, 2007, I, p. 322). En suma, Blasco creía que lo único que cabía afirmar con certeza, sin negar el gran progreso material realizado en apenas cincuenta años, era que el pueblo japonés había sido “elogiado con exceso” y “adulado en demasía” (BLASCO, 2007, I, p. 322).

Por tanto, los problemas planteados por Bellessort y Sales también estaban presentes en Blasco Ibáñez: la tensión derivada de la fuerte dualidad entre lo antiguo y lo moderno — que otro viajero de la época, el catedrático de derecho y filosofía Adolfo Bonilla (1875-1926), llamó esa “mezcla extraña”²⁰ — ; la limitación de basar su crecimiento en la mera imitación; el surgimiento del proletariado y sus crecientes reivindicaciones; y, como consecuencia de todo ello, la incertidumbre sobre el futuro japonés. Además, añadió — al igual que Sales — que Japón en realidad no era rico, pero sostenía “un ejército y una flota enormes, necesitando invertir en el mantenimiento de tales fuerzas tres cuartas partes de sus ingresos” (BLASCO, 2007, I, p. 211).

El periodista Luis de Oteyza publicó en 1927 dos libros sobre Japón en los que, como se ha mostrado en el segundo epígrafe, se publicitaban los

²⁰ BONILLA (1926, p. 58). En realidad, Bonilla —discípulo de Menéndez Pelayo— mostraba una profunda admiración ante el complejo equilibrio japonés entre “amor a los adelantos modernos” y “a sus tradiciones” (BONILLA, 1926, p. 58). Pese a que “su Código de Comercio [estuviera] redactado por un alemán, y extranjeros fuesen también los redactores de su Código Civil, de su Constitución, y de todas sus principales leyes”, Japón no había renunciado —al menos hasta entonces— “absolutamente a nada de lo fundamental de su carácter histórico” (BONILLA, 1926, p. 64).

grandes adelantos del país sin caer en estereotipos. De Osaka dijo que era una ciudad muy poblada e industrial, pero no de viejas manufacturas (objetos de seda, loza, porcelana o papel), sino de "industria moderna": "producción intensiva de manufacturas de algodón, cristales, curtidos, aceros, fósforos, cigarrillos, calzado, etc., por miles y miles de obreros, competidora, y vencedora en la competición, de toda la industria extranjera" (OTEYZA, 2013, p. 60). Pero, al mismo tiempo, destacó que Osaka era el único lugar donde se podía disfrutar del teatro clásico puro japonés o de monumentos históricos como su castillo, baluarte del shogunato. De la ciudad de Kobe —donde vivió con una japonesa— resaltó que tenía bellos templos²¹, pero que era una urbe de trazado europeo porque en el pasado, al ser "el único puerto del archipiélago japonés abierto a la importación y la exportación, [había adquirido] una riqueza enorme, y de entonces [databan] los edificios soberbios de bancos, oficinas, comercios y almacenes" (OTEYZA, 2013, p. 21). Ese Japón moderno representado por Kobe era un perfecto ejemplo del Japón actual en su conjunto: "Japonesa es la ciudad por donde paseo y japoneses son los transeúntes con que me cruzo", mezclándose con naturalidad los muchos avances modernos con las vestimentas occidentales y las típicas japonesas (OTEYZA, 2013, p. 21).

Otro hecho que subrayó Oteyza del Japón moderno — a diferencia de Bellessort — fue que el "Made in Japan" era el verdadero "peligro amarillo". En sus mercados, como en el de Kobe, se podía comprar de todo, incluidos productos como los europeos: "Los objetos europeos, completa y absolutamente europeos, que en el Japón se fabrican, resultan mucho mejores y mucho más baratos que los fabricados en Europa" (OTEYZA, 2013, p. 27-28). El secreto del "Made in Japan" radicaba en que los japoneses trabajaban con esmero y asiduidad insuperable por unos salarios

reducidísimos; además, las empresas dotaban a los trabajadores de la maquinaria más perfecta y los comerciantes sabían vender bien sus productos (OTEYZA, 2013, p. 28). En suma, el "peligro amarillo" no era —como había señalado Dupuy— el militarismo, sino la competitividad de los productos japoneses, y dicho peligro sería aún mayor cuando se mejorasen los fletes y se venciesen los obstáculos aduaneros de los países occidentales (OTEYZA, 2013, p. 28). El "prodigio de la Industria japonesa" y la "pericia del Comercio japonés" eran tales, que incluso hacían que se comprasen productos innecesarios (OTEYZA, 2013, p. 29). La inminente amenaza del arrollador desarrollo industrial nipón era también la idea económica fundamental que —ya a principios de siglo XX— había transmitido el que durante muchos años fue en España el principal texto divulgativo sobre Japón — *Dai Nipon* (1905) — elaborado por García Llansó con fuentes japonesas²².

Oteyza describió el Japón moderno, elogió sus avances, apuntó sus *nuevas* costumbres (como el que los niños viajasen con sus profesores por el país para visitar "fábricas, museos, construcciones y aun paisajes dignos de verse"), y no dejó de apreciar y explorar rasgos de la cultura tradicional (como templos, monumentos históricos o geishas), pero sin caer en tópicos (OTEYZA, 2013, p. 254). Como se ha apuntado en el epígrafe segundo, no le gustaban los "montajes" de lo tradicional japonés adaptados a los gustos de los turistas, pero sí las nuevas formas de enseñar los templos y la riqueza natural del Japón. Así, cuando visitó el parque de Nara y su templo, destacó el hotel subvencionado por el Estado y apuntó que si existieran algunos de esa clase en España se podrían mostrar mejor sus "bellezas naturales", un gasto más productivo que muchas otras partidas de los presupuestos españoles de entonces (OTEYZA, 2013, p. 122).

²¹ A diferencia de la "muy moderna y absolutamente extranjerizada" Yokohama (OTEYZA, 2013, p. 242).

²² El médico y erudito Antonio García Llansó (1854-1914) fue un gran divulgador de la cultura japonesa. Formó parte del jurado de la Exposición Universal de Barcelona (1888) y a raíz de ello trabó amistad con Keiichiro Kume, cuyo asesoramiento —junto al de otros comisionados japoneses— sería esencial para la redacción de su *Dai Nipon* (ROSSELL, 2015, p. 179). Este libro formaba parte de la colección popular *Manuales Soler*, e intentaba dar una visión completa, rigurosa y ponderada del enigmático Japón. En lo económico remarcaba el constante "ensanchamiento industrial" del país, apreciable a lo largo de las sucesivas exposiciones universales, así como su creciente competitividad apoyada en "la baratura de la mano de obra", "la perfección de los trabajos de los obreros japoneses", la moderna maquinaria y la depreciación que había sufrido la moneda. De hecho, opinaba que a medio plazo Japón se convertiría en un rival temible para la industria europea, difícil de batir (GARCÍA LLANSÓ, 1905, p. 177, 181-183).

Por otra parte, el que Oteyza señalase los progresos del Japón no significaba que le gustasen ciertos aspectos de la modernización económica del país. De ahí sus críticas a los salarios bajos, a las condiciones de los trabajadores, o a algunas ciudades modernas como Tokio: "me hago cargo de que no se hizo esta grande y moderna ciudad con el objeto de que me gustase a mí. Los japoneses quieren tener Industria, y Comercio, y Banca, para lo cual alcanzan los consiguientes edificios industriales, financieros y bancarios; quieren gozar del progreso y del confort [...] Son muy dueños, lo reconozco" (OTEYZA, 2013, p. 194). Tokio, por tanto, se parecía a cualquier ciudad europea, y el modelo de perfección de Oteyza — como en el de otros críticos con algunos aspectos de la modernización económica — estaba más próximo al modo de hacer de los artistas japoneses: "El ejemplo del artista japonés me demuestra lo vano del afán de cuantiosa producción que nos domina a los occidentales, más artesanos que artistas" (OTEYZA, 2013, p. 257). En este aspecto coincidía con Sales y Gómez Carrillo, quien — como quedó apuntado — se negó a describir el Japón moderno, y cuando lo hizo fue para criticar la miseria de los más desfavorecidos en suburbios atroces o la fealdad de ciudades como Tokio.

Conclusión: Japón, ¿modelo económico para España?

Los viajeros españoles rechazaron la imagen estática y estereotipada del Japón, en la que veían reflejada la similar caricaturización que había sufrido la España decimonónica a manos de los europeos. También discutieron — antes de 1898 — si Japón podía llegar a constituir una amenaza o una oportunidad para las Filipinas. Pero ante todo se esforzaron por ofrecer, desde un principio, una visión veraz e inequívocamente dinámica del país, apuntando algunas posibles razones de tan vertiginosa transformación socioeconómica.

En cualquier caso, parece que ninguno de ellos estuvo por la labor de "japonizar" España, tal como anhelaban en lo educativo Giner de

los Ríos y sus discípulos. Y ello porque, aunque mostraran su admiración por muchos de los logros conseguidos y apreciaran la asombrosa modernización japonesa, también percibían sus particulares rasgos negativos — más allá de los problemas genéricos de cualquier proceso de intensa modernización, como la mala condición de los trabajadores o la fealdad urbana. Así, por ejemplo, aludieron a las posibles tensiones derivadas de la fuerte dualidad socioeconómica, a las limitaciones de la mera imitación de lo occidental, o a la gran incertidumbre respecto al futuro asociada — entre otras cosas — al rápido engrosamiento del proletariado. Además, el modelo japonés tenía mucho de idiosincrático, lo que hacía que fuera difícil de reproducir e incluso suscitaba dudas sobre la posibilidad de adoptar aspectos concretos separadamente del conjunto.

En suma, los escasos viajeros españoles que visitaron el Imperio del Sol Naciente parecían coincidir con el diagnóstico de Miguel de Unamuno, quien en 1897 había afirmado con contundencia: "No espero casi nada de la japonización de España"²³. De hecho, como revela el mayor número de viajeros a destinos alternativos, en España se acabaría prestando mucha más atención a otros posibles modelos de modernización, tales como los Estados Unidos, Alemania o — a partir de 1917 — la URSS.

Referencias

ALMAZÁN, David. *Japón y el japonismo en las revistas ilustradas españolas (1870-1936)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2001.

ALMAZÁN, David. Libros japoneses para turistas extranjeros (de la era Meiji a la Segunda Guerra Mundial). *Mirai*, Madrid, n. 1, p. 123-131, 2017. DOI: <https://doi.org/10.5209/MIRA.57106>

BARLÉS, Elena. Luces y sombras de la historiografía del arte japonés en España. *Artígrama*, Zaragoza, n. 18, p. 23-82, 2003.

BARLÉS, Elena. Viajeros hispánicos de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX y su mirada sobre Japón y el arte japonés. El caso de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927). En: CABAÑAS, Miguel; LÓPEZ-YARTO, Amelia; RINCÓN, Wifredo (org.). *El arte y el viaje*. Madrid: CSIC, 2011. p. 383-400.

²³ LOSANO (2017, p. 112), cita tomada de Azorín, *Obras selectas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1943, p. 982.

- BARLÉS, Elena. El diplomático español Francisco de Reynoso (1856-1938) y su recorrido por el Japón Meiji. *Mirai*, Madrid, n. 1, p. 195-215, 2017. DOI: <https://doi.org/10.5209/MIRA.57112>
- BELLESSERT, André. *La sociedad japonesa*. Barcelona: Montaner y Simón, 1905.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente. *La vuelta al mundo de un novelista*, 3 vols., Madrid: Alianza, 2007 [1924].
- BLAT, Antonio. Enrique Dupuy de Lôme: sus *Estudios sobre el Japón* (1895) y el Imperialismo decimonónico. *Revista Historia Autónoma*, Madrid, n. 10, p. 105-122, 2017.
- BONILLA, Adolfo. *Viaje a los Estados Unidos de América y al Oriente*. Madrid: Viuda e Hijos de Jaime Ratés, 1926.
- BUJALDÓN, Lila. El modernismo, el Japón y Enrique Gómez Carrillo. *Revista de Literaturas Modernas*, Mendoza, n. 31, p. 53-72, 2001.
- CABREJAS, María del Carmen. La fotografía de ficción en Japón en el siglo XIX. Recreación de escenas para el mercado Occidental. *Anales de Historia del Arte*, Madrid, n. 19, p. 257-270, 2009.
- CASCALES, José. *Los Estados Unidos y el Japón. Estudio histórico-comparativo de estas dos naciones*. Madrid: Imprenta Moderna, 1908.
- CLARK, Zoila. *El Japón heroico y galante* de Gómez Carrillo y el orientalismo latinoamericano. *Hispanet Journal*, Miami, n. 2, p. 1-15, 2009.
- COLOMBI, Beatriz. La crónica y el viaje: Enrique Gómez Carrillo. *Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, Mar del Plata, v. 2, n. 6-7-8, p. 183-192, 1996.
- COSTA, Joaquín. Buena nueva. *Juventud*, Madrid, n. 3, 20 oct., p. 1-2, 1901.
- DUPUY DE LÔME, Enrique. *La seda. Su cultivo y su producción en el Imperio Japonés*. Madrid: Ministerio de Fomento, 1875.
- DUPUY DE LÔME, Enrique. *De Madrid a Madrid dando la vuelta al mundo*. Madrid: Oficinas de la Ilustración Española y Americana, 1877.
- DUPUY DE LÔME, Enrique. *Estudios sobre el Japón*. Madrid: Sucesores de Ribadeneyra, 1895.
- DUPUY DE LÔME, Enrique. La transformación del Japón en la era Meiji, 1867-1894. En: LOSANO, Mario G. (org.). *El valenciano Enrique Dupuy y el Japón del siglo XIX*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2017 [1895]. p. 171-265.
- ELIZALDE, María Dolores. Japón y el sistema colonial de España en el Pacífico. *Revista Española del Pacífico*, Madrid, n. 5, p. 43-78, 1995.
- ESTRADA, Luis de. *Consideraciones sobre la importancia y vicisitudes del comercio del Japón con las demás naciones, y principalmente con las de Europa*. Madrid: Imprenta La América, 1857.
- GARCÍA LLANSÓ, Antonio. *Dai Nipon*. Barcelona: Sucesores de Manuel Soler, 1905.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco. La Universidad Española. En: *Obras Completas, tomo II*, Madrid: Espasa-Calpe, 1916 [1904]. p. 1-149.
- GEORGE, David R. Jr. Las japonerías de Blasco Ibáñez: la estela de Pierre Loti en *La vuelta al mundo de un novelista*. En: GARCÉS, Pilar; TERRÓN, Lourdes (org.). *Itinerarios, viajes y contactos Japón-Europa*. Berna: Peter Lang, 2013. p. 433-446.
- GÓMEZ CARRILLO, Enrique. *De Marsella a Tokio: sensaciones de Egipto, la India, la China y el Japón*. París: Garnier, 1906.
- GÓMEZ CARRILLO, Enrique. *El Japón heroico y galante*. Madrid: Renacimiento, 1912.
- GÓMEZ CARRILLO, Enrique. *El alma japonesa*. Santander: Quælea, 2014 [1907].
- GRAU, Tomás. Las difíciles relaciones hispano-japonesas del siglo XIX: la clave filipina. En: GARCÉS, Pilar; TERRÓN, Lourdes (org.). *Itinerarios, viajes y contactos Japón-Europa*. Berna: Peter Lang, 2013. p. 503-516.
- GUTIÉRREZ, Raquel; RODRÍGUEZ, Borja. Imagen, historia y cultura de Extremo Oriente. En: GINÉ, Marta; PALENQUE, Marta; GOÑI, José Manuel (org.). *La recepción de la cultura extranjera en La Ilustración Española y Americana*. v. 9. Berna: Peter Lang, 2013. p. 453-461.
- JORDANA, José. *La agricultura, la industria y las bellas artes en el Japón*. Madrid: Imprenta de M. Tello, 1879.
- LOSANO, Mario G. *El valenciano Enrique Dupuy y el Japón del siglo XIX*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2017.
- LUCENA, Juan. *El Imperio del Sol Naciente. Impresiones de un viaje a Japón*. Barcelona: Ramón Molinas, 1896.
- MARTORELL, Ricardo. *Trece crónicas de viaje por China, Mongolia, Japón, Filipinas, Bali, Siam y La India*. Madrid: Estanislao Maestre, 1933.
- OJEDA, Juan Ramón. Reflexiones en torno a la imagen de Japón difundida por la prensa española en el tránsito hacia el Nuevo Régimen. *Mirai*, Madrid, n. 1, p. 307-316, 2017. DOI: <https://doi.org/10.5209/MIRA.57120>
- OPISSO, Alfredo. *Viajes a Oriente*. Barcelona: Bastinos, 1898.
- OTEYZA, Luis de. *De España al Japón*. La Coruña: Ediciones del Viento, 2012 [1927].
- OTEYZA, Luis de. *En el remoto Cipango. Jornadas japonesas*. La Coruña: Ediciones del Viento, 2013 [1927].
- PERDICES DE BLAS, Luis; RAMOS GOROSTIZA, José Luis. La España de Richard Ford: el contraste entre la imagen exótica y la descripción económica. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Tucson, n. 20, p. 9-33, 2016. DOI: <https://doi.org/10.1353/hcs.2016.0042>
- PLOU, Carolina. Imágenes para el recuerdo. Japón en las fotografías de Oleguer Junyent del Instituto Amatller de Arte Hispánico. *Mirai*, Madrid, n. 1, p. 217-224, 2017. DOI: <https://doi.org/10.5209/MIRA.57113>
- POZUELO, Belén. Las relaciones hispano-japonesas en la era del Nuevo Imperialismo (1885-1898). *Revista Española del Pacífico*, Madrid, n. 5, p. 79-106, 1995.

REYNOSO, Francisco de. *En la Corte del Mikado: bocetos japoneses*. Madrid: Imprenta Bailly-Bailliere, 1904.

RODAO, Florentino. España ante Japón en el siglo XIX: entre el temor estratégico y la amistad. *Estudios de Historia de España*, [s. l.], n. 7, p. 1-19, 1991.

RODAO, Florentino; ALMAZÁN, David. Japonizar España: la imagen española de la modernización del Japón Meiji. En: GÓMEZ-FERRER, Guadalupe (org.). *Modernizar España, 1898-1914*. In: CONGRESO INTERNACIONAL: *Comunicaciones*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2006. p. 1-14.

RODRÍGUEZ, Agustín. España y Japón ante la crisis de 1898. Antecedentes e hipótesis. *Mar Océana*, Madrid, n. 1, p. 181-193, 1994.

ROSSELL, Diana. *Antoni Garcia Llansó, crític d'art, historiador i divulgador de la cultura japonesa (1854-1914)*. 2015. Tesis (Doctorado en Historia del Arte) – Dpto. de Historia del Arte y Musicología de la Universidad Autònoma de Barcelona, Barcelona, 2015.

SALES Y FERRÉ, Manuel. *La transformación del Japón*. Madrid: Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1909.

SENDÓN, Araceli. Fundamentos socioeconómicos y culturales en el proceso de modernización de Japón. En: GARCÉS, Pilar; TERRÓN, Lourdes (org.). *Itinerarios, viajes y contactos Japón-Europa*. Berna: Peter Lang, 2013. p. 831-844.

TINAJERO, Araceli. *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*. West Lafayette: Purdue University Press, 2004.

TOGORES, Luis E. El inicio de las relaciones hispano-japonesas en la época contemporánea (1868-1885). *Revista Española del Pacífico*, Madrid, n. 5, p. 17-42, 1995.

TORRES-POU, Joan. *Asia en la España del siglo XIX: literatos, viajeros, intelectuales y diplomáticos ante Oriente*. Amsterdam: Rodopi, 2013. DOI: <https://doi.org/10.1163/9789401209519>

VEGA, Ramón. *Asturianos en el Imperio del Sol Naciente: Japón a través de las fotografías de Jesús y Juan Galé*. Gijón: Muséu del Pueblu d'Asturies, 2014.

ZAPATERO, Virgilio. *Fernando de los Ríos. Biografía intelectual*. Valencia: Pre-Textos, 1999.

José Luis Ramos-Gorostiza

Profesor de Historia del Pensamiento Económico en la Universidad Complutense de Madrid. Trabaja en diversos campos de la historia de las ideas. Ha publicado varios libros y también artículos en revistas tales como *History of Political Economy*, *History of Economic Ideas*, *Utopian Studies*, *Journal of the History of Economic Thought*, *Revista de Historia Económica*, *Revista de Historia Industrial*, *Historia Agraria*, *Dieciocho: Hispanic Enlightenment*, *Historia y Política*, o *Hispanic Research Journal*.

Dirección

José Luis Ramos-Gorostiza
 Universidad Complutense de Madrid
 Campus de Somosaguas 28223
 Pozuelo de Alarcón, Madrid. España.

Luis Perdices de Blas

Catedrático de Historia del Pensamiento Económico de la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado varios libros sobre Historia del Pensamiento Económico y artículos en diversas revistas científicas, entre las que destacan *History of Political Economy*, *CEconomía*, *History of Economic Ideas*, *Revista de Historia Económica*, *Revista de Historia Industrial*, *Dieciocho: Hispanic Enlightenment*, *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, e *Hispanic Research Journal*. Ha sido profesor visitante en la Universidad de Nueva York (2001-2002) y en la de Harvard (2012-2013).